

Roberto Ampuero recordando a Gladys Marín

La Tercera: 13-03-2005



Una vida en el PC

1958

A los 16 años ingresa a las Juventudes Comunistas. Después sería electa miembro del comité central y en 1963 se transformaría en secretaria general de las JJ.CC. Ese mismo año se casa con Jorge Muñoz, estudiante de ingeniería. De ese matrimonio nacen Alvaro y Rodrigo.

1965

A los 23 años se convirtió en la diputada más joven en llegar al Congreso. Representaba al segundo distrito de Santiago y fue reelecta dos veces, en 1969 y 1973.

1973

El bando militar N° 10 la sindicó como una de las 100 personas más buscadas. Por instrucciones de la dirección del partido se asila en la embajada de Holanda. Un año después sale al exilio con destino a Moscú.

1976

Recibe en Costa Rica la noticia de que la Dina ha detenido a su esposo, Jorge Muñoz, en lo que se conoce como el caso Calle Conferencia.

1978

Ingresa clandestinamente a Chile, donde lidera el equipo de dirección interior del PC, que recompuso la estructura del partido.

1982

Desde la dirección central del PC promueve el giro histórico del partido destinado a validar "todas las formas de lucha" contra el régimen de Augusto Pinochet.

1983

Al alero del PC y fruto de una alianza suscrita entre Marín y el líder cubano Fidel Castro nace el FPMR. Ese mismo año se produce el llamado "golpe blanco" contra el secretario general del partido, Luis Corvalán. Este retorna clandestinamente a Chile y permanece oculto en una casa del sector oriente de Santiago. Por orden de Marín, muy pocos dirigentes sabían de su presencia y podían verlo. Corvalán presenta su renuncia, pero es rechazada, aunque por su debilitada posición la dirigenta se consolida como la figura más importante del PC.

1984

Todavía en la clandestinidad es elegida subsecretaria del PC, que fijó en 1986 el año decisivo para lograr la caída de Pinochet, fecha que coincide con la llamada Operación Siglo XX: el atentado a Pinochet y su comitiva presidencial en el Cajón del Maipo.

1990

Marín hace su reaparición pública en un acto masivo en el estadio Santa Laura, ante unas 20 mil personas. Anuncia que el PC volvía a la legalidad.

1997

Luego de tres años como secretaria general del partido, y de ser la primera mujer en desempeñar este cargo, Gladys se presenta como candidata senatorial por Santiago Poniente. Saca el 15% de los votos, pero no resulta electa. En enero del año siguiente presenta la primera querrela contra Pinochet por la desaparición de su marido.

1999

Se transforma en la primera mujer candidata a la Presidencia de Chile. Captó el 3,21% de los votos en los sufragios de diciembre de 1999.

2002

Ante la imposibilidad de ser nominada nuevamente como secretaria general del PC (llevaba tres períodos consecutivos), el comité central la nombra presidenta del partido, cargo especialmente creado para ella.

2003

Catorce días después del trigésimo aniversario del golpe, se le detecta un tumor primario en la zona izquierda del cerebro. Luego sería operada en Estocolmo y tratada en La Habana. Poco a poco abandona la vida política y muere, en su casa de Peñalolén, el domingo 6 de marzo de 2005.

Roberto Ampuero: "Mañana no nos van a recordar por lo que hoy digan los demás de nosotros, sino por lo que hoy hagamos nosotros", escuché decir a Gladys Marín durante una reunión de jóvenes comunistas en el Santiago de 1972. Esa noche seguimos con atención sus palabras, porque los de la camisa amaranto no solíamos verla a menudo en persona e intuíamos que contaba con información de fondo sobre la crisis que sacudía al país. Estaba llegando el verano a la capital y las noches, ya cálidas, resultaban agradables, pero el clima político presagiaba tormenta: la derecha y la Democracia Cristiana se aliaban contra el gobierno de la UP, muchos golpeaban a la puerta de los cuarteles, el desabastecimiento se intensificaba y socialistas y miristas ocupaban fábricas y fundos. Mientras tanto, Washington le apretaba las clavijas a la revolución con sabor a "vino tinto y empanadas", y Moscú entregaba apoyo financiero magro. Yo era entonces demasiado joven para comprender la importancia que Marín le concedía a su papel en la historia.

Pocos años después, en una noche estival de su exilio en Moscú, pronunció en su apartamento de la Prospect Mira las mismas palabras ante un dirigente juvenil encargado de contactos clandestinos. La dictadura, en medio de lo que Tomás Moulian llama "etapa terrorista", aniquilaba las últimas estructuras partidarias de la izquierda sumergidas en la ilegalidad. Supongo que esa visión de la historia como instancia que espía desde un rincón explica la lealtad de Marín hacia su partido y los aliados de Moscú, primero, y de La Habana, más tarde, y la valentía con que comandó clandestinamente la resistencia del PC contra

Pinochet. Imagino que esa misma convicción la fortaleció para afrontar la desaparición de su esposo y la separación de sus hijos, y para oponerse, ya en democracia, a la impunidad de que gozaban violadores de derechos humanos, e impulsar la oposición al modelo neoliberal. Sospecho que la conciencia histórica la acompañó hasta su última lucidez, pues para el agnóstico es la historia la que al final juzga nuestros actos.

Su liderazgo

Como líder de la Jota y después del PC, Marín no descolló por su oratoria, ni por su manejo de la teoría marxista, ni por una cultura vasta. Sus informes y declaraciones carecían de la fina ironía popular que caracterizó a Luis Corvalán o de la sofisticación intelectual de Volodia Teitelboim, pero trascendían por su apego a lo básico, a lo vivido y lo sufrido. Ella rechazó el rol que los soviéticos le habían reservado, convertirse en la versión chilena de Dolores Ibárruri, la Pasionaria, símbolo del antifranquismo español exiliado en Moscú, porque lo suyo no era la espera eterna en la URSS, sino la acción política oportuna en Chile. Tenía instinto de poder: en 1963, cinco años después de haber ingresado a la Jota, ya era su secretaria general. Y era modesta: sus palabras, como en pocos, sonaban convincentes cuando afirmaba que lo suyo era defender a los pobres. Quienes conocieron su departamento moscovita lo describen como un espacio franciscano, ubicado en un edificio de 10 pisos, nada especial, sólo bien ubicado, donde también residían Dolores Ibárruri y Rodney Arismendi, secretario general del Partido Comunista uruguayo. En ese departamento de dos ambientes y 40 metros cuadrados no había libros ni impronta personal alguna. Gladys no pudo aprender ruso, no hablaba sino español, y más que analizar los documentos del partido, prefería escuchar la opinión de militantes al respecto, y a veces, en situaciones críticas, mantenía prolongados y enigmáticos silencios. El día que supo de la desaparición de su esposo, guardó silencio total, sin quebrarse. Fue de gustos sencillos, los que revelaban su vivienda y forma de vestir y peinarse. Disfrutaba las visitas de su camarada y ex ministra de Allende Mireya Baltra, exiliada en Praga. Cada vez que ésta acudía a reuniones a Moscú, pasaba por el piso de Gladys, donde la deleitaba con su humor algo rudo, proletario, y los bien condimentados platos que le preparaba.

Su fuerte estaba en un ámbito pedregoso: el conocimiento perfecto de los cuadros del partido y la Jota, su talento organizativo, don de mando y arrojo para buscar y ejercer poder. Y también en que era mujer, presencia inusual y desconcertante entonces incluso en la dirigencia de partidos revolucionarios. Otro de sus aportes fue haberle abierto a la mujer chilena la senda hacia posiciones políticas claves. Aún no emerge una reflexión profunda sobre el hecho de que la figura más sobresaliente de la oposición clandestina al régimen militar en una sociedad machista fuese precisamente una mujer. Supongo que sin su papel, que probó que la mujer puede ser no sólo igual, sino superior a un hombre en política, Soledad Alvear, Michelle Bachelet o Lily Pérez habrían encontrado más escollos para llegar adonde han legado.

El ascenso y el FPMR

Varios factores permitieron un nuevo ascenso vertical de Gladys Marín. Cuando llega a Moscú después del golpe, la dirección exterior del PC enfrentaba dos tareas urgentes: reorganizar el interior e impulsar la solidaridad mundial. Pero la imagen de esa dirección estaba debilitada, porque sus miembros, con excepción de Teitelboim, a quien el golpe sorprendió afuera, habían abandonado el país sin autorización partidaria. Por otra parte, Teitelboim comenzó a dedicarse a la cultura en resistencia, y Corvalán no recuperó su prestigio tras haber sido detenido por la dictadura y canjeado por el disidente ruso Vladimir Bukovsky, gracias a una negociación internacional con el régimen chileno. Hay otro factor que favoreció el auge de Marín en Moscú: el apoyo de la dirección interior, integrada, entre otros, por Jorge Muñoz, su marido, después detenido-desaparecido, y Mario Zamorano, encargado de organización.

Pese a que Gladys justificó al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el viraje histórico del PC en 1982, al postular que todas las formas de lucha eran válidas, no fue inspirado, como pudiera suponerse, por ella. En rigor, la tesis se planteó cuando el partido ya disponía de oficiales con experiencia de guerra acumulada en Nicaragua y Angola. Si bien desde los 60 el PC había criticado a La Habana por promover la vía armada, estrategia opuesta a la del PC soviético y chileno de impulsar cambios revolucionarios en democracia, las cosas cambiaron y no en

última instancia debido a la presión de Boris Ponomarev, dirigente soviético que subrayó la necesidad de una política militar después del golpe. Pero la tesis militar criolla se incubó en rigor en el rascacielos de la Universidad Karl Marx, de Leipzig, Alemania oriental, a mediados de los 70, entre militantes inspirados en las guerras independentistas latinoamericanas. Gladys, a cargo en Moscú del poderoso Frente de Solidaridad internacional, se sumó posteriormente a la alternativa de la que surgiría el FPMR. Mostró entonces su temple: la dirección interior estaba destruida, la solidaridad internacional era un factor político interno en Chile y la dirección exterior dictaba la nueva línea, una línea que tenía centro teórico en Leipzig, núcleo dirigente en Moscú y nivel operativo militar en La Habana. Ahí consolida ella su vínculo con Fidel Castro. La opción militar comprendía infiltración de las Fuerzas Armadas chilenas, rebelión de la tropa y formación de una nueva oficialidad en Cuba. En ese marco, Gladys convence a la dirección exterior de que la conducción debía estar en Chile y que el nuevo comité central del interior debían integrarlo, previo chequeo de seguridad, sólo militantes en Chile, entre los cuales ella tenía gran respaldo, porque provenían mayoritariamente de la Jota. A comienzos de los 80, Marín adopta una decisión que retrata de cuerpo entero su convicción y valentía: deja Prospect Mira e ingresa clandestinamente a Chile a dirigir la lucha de su partido contra la dictadura. Lo demás es historia.

La catarsis

Ahora que esta mujer de trayectoria singular ha muerto, afloran interrogantes: ¿Por qué los últimos meses de la líder de un partido asociado al mayor fracaso político de posguerra genera muestras transversales de simpatía? ¿Por qué la presidenta de una agrupación que no supera el cinco por ciento del electorado y propugna un impopular modelo socialista goza de prestigio en una sociedad donde el 90% adhiere a la democracia parlamentaria y la economía de mercado? ¿Por qué la imagen de esta mujer, militante de un partido aun con espíritu de grupo clandestino, sale fortalecida de una etapa que dividió a los chilenos y de la cual ella fue protagonista? La respuesta no está en el peso de la izquierda extraparlamentaria, decisivo para un cuarto gobierno de la Concertación, ni en la curiosidad que despiertan enfermedades terminales de personajes públicos, ni en el soterrado culto que practicamos hacia los muertos. Está, en parte, en la admiración que causan su entrega a su partido, su fe ciega en sus principios y su coraje para combatir al régimen militar. Pero sospecho que la viga maestra de su popularidad radica en que devino símbolo plural: para la izquierda murió representando sus valores históricos, no aggiornados con el modelo neoliberal; para la izquierda concertacionista, desaparece enarbolando el proyecto utópico en que creyó cuando no disfrutaba de las ventajas que desde 1990 le otorga el poder; para los demócratas cristianos falleció proclamando una ineludible fe política. Y para muchos de quienes respaldaron o toleraron la dictadura, la comunión postrera con la líder comunista es una suerte de catarsis en un país que rechaza el olvido, se horrorizó con los informes sobre tortura y crímenes políticos, condena moralmente a Pinochet y exige castigo a los violadores de DDHH.

Para los griegos, la catarsis era la purificación de las personas afectadas por la mala conciencia, procedimiento íntimo que gatillaban obras de teatro. Era una forma de recuperar la cohesión de la polis. Las muestras de respeto hacia Gladys Marín les permiten a ciertos chilenos ver confirmados sus ideales de siempre, a otros evocar la utopía descartada por el pragmatismo, y a algunos purgar su conciencia por no haber hecho lo suficiente para evitar el dolor, el abuso y el crimen. De algún modo, la líder comunista permite hoy sentir como si todos hubiésemos integrado la resistencia antidictatorial. Paradójicamente la imagen de esta mujer, que creyó en la lucha de clases y la necesidad de derrocar a la burguesía, posibilita ahora un fervoroso reencuentro nacional que legitima al sistema, que la celebra e incorpora a su tradición. La tricolor flameando a media asta en ministerios, regimientos y naves de guerra expresa que la bandera roja de la hoz y el martillo no es percibida ya como amenaza de cambio radical en Chile, que el modelo ve tan sólida su hegemonía que incluso transforma al símbolo supremo de su potencial sustitución en ícono elogiado. Es como si el régimen de La Habana, sintiéndose seguro, hubiese patrocinado esta semana el funeral de Guillermo Cabrera Infante en la Plaza de la Revolución.

El respeto que despierta Gladys Marín obedece también a que la izquierda carece hoy de otro líder anti-dictatorial de su dimensión. A Patricio Aylwin lo critica por su oposición implacable a Allende, a Eduardo Frei Ruiz-Tagle por haber prosperado bajo la dictadura, y a Ricardo Lagos por su juventud socialdemócrata cuando el Zeitgeist era marxista. Tampoco surge una imagen

legendaria de los antiguos dirigentes: Clodomiro Almeyda murió en una época de resaca; a Carlos Altamirano no le perdonan el giro de ultra a moderado; a Luis Corvalán le pena haber sido canjeado por un disidente soviético; Oscar Guillermo Garretón, líder del jacobino Mapu, dejó la revolución para dedicarse a la empresa privada; Jaime Gazmuri, jefe del MAPU-OC es hoy un senador atildado, y los radicales, después de Pedro Aguirre Cerda, no brindan figuras legendarias. Además, nadie cultiva la imagen de los líderes del MIR que murieron en combate.

La disyuntiva del PC

Los intelectuales, dice Arthur Miller, están para decir cosas que nadie quiere oír, y lo cierto es que tras la desaparición de su líder el partido se halla en una disyuntiva. A comienzos de los 70 el PC llegó a contar con el 18% del electorado y encuestas recientes, de ser confiables, le otorgan menos del 4%. El año 2003 sufrió un quiebre traumático con la expulsión de Jorge Pavez, presidente del Colegio de Profesores, y con el alejamiento de militantes no ortodoxos. La identificación con los socialismos reales le ha costado caro al PC: sin haber dirigido país alguno tiene hoy menos influencia que los sucedáneos de sus partidos hermanos de Europa oriental que detentaron el poder. Gracias a su rica historia en el movimiento obrero y estudiantil, a su papel moderador en el gobierno UP y a su entrega en la lucha por la recuperación de la democracia, el PC debería representar hoy una alternativa ética de influencia gravitante frente a socialistas y socialdemócratas de la Concertación. Sin embargo, por haber privilegiado en democracia la preservación de una ideología y dirigencia monolíticas, imprescindibles sólo en épocas de clandestinidad, ha perdido influencia. Tras la desaparición de su presidenta, el PC tendrá ahora que reflexionar sin dogmas sobre el nuevo Zeitgeist del país y su compromiso acrítico con regímenes modélicos, y tolerar más diversidad interna, o de lo contrario no recuperará el sitio que su propia historia le ofrece en un país donde los programas de la centroderecha y la centroizquierda parecen clonarse.

Gladys emerge entonces -pese a su silencio ininterrumpido frente a la represiva realidad de los países socialistas- como figura descollante en la lucha por la recuperación de la democracia en Chile. El sistema democrático, que ella postuló sustituir por modelos que conculcan los derechos a opositores, le permitió expresar libremente su proyecto político y la acogió y celebró. Sin olvidar las diferencias insalvables con la secretaria general de una organización juvenil a la que una vez pertencí con orgullo, inclino mi cabeza ante la admirable Gladys de la clandestinidad y la lucha por los pobres. Estaba ella en lo cierto aquella noche tibia del convulsionado Santiago de 1972: al final la recordáramos sólo por sus actos.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.



